

# ESPACIO COMUNICATIVO E IDENTIDAD SUBJETIVA EN LOS ORÍGENES DEL DIARIO ÍNTIMO EN HISPANOAMÉRICA: EL CASO DE SOLEDAD ACOSTA

DANIEL MESA GANCEDO

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

## EL SITIO DEL AMADO

Uno de los primeros diarios hispanoamericanos conocidos y que con propiedad podemos llamar «íntimos» es el que la colombiana Soledad Acosta (Bogotá, 1833-1913) escribió entre septiembre de 1853 y mayo de 1855. Aunque su nombre hoy por hoy parezca poco conocido, se trata de una de las escritoras más prolíficas y famosas del siglo XIX en Hispanoamérica (véase los estudios de Alzate, Mataix o Vidales). Su vida se desarrolla en un periodo en el que las mujeres empiezan a cobrar protagonismo en el espacio hispanoamericano, y ella misma será ejemplo de los límites a los que podía llegar entonces ese protagonismo.<sup>1</sup>

Hija única del diplomático y geógrafo colombiano Joaquín Acosta (de larga estirpe criolla) y de Carolina Kemble (de origen jamaicano), su formación y sus viajes están íntimamente relacionados: a los cuatro años, viaja con la familia a Ecuador; a los doce, la envían a Nueva Escocia para que se forme al lado de su abuela materna; allí afianza el conocimiento de una lengua que asume, el inglés, y entra en contacto con una confesión que rechaza, el protestantismo.<sup>2</sup> Entre 1847

---

<sup>1</sup> Su biografía ha sido trazada con cierta exhaustividad: Alzate (2003) la ha novelado y ha entregado una larga cronología (Acosta, 2004, XLIII-XLVII), que sigo en mi presentación.

<sup>2</sup> Se lee en el diario: «24 de febrero [1855]. [...] Yo no soy fanática pero soy profundamente religiosa y creo que la que yo he escogido es la mejor para adorar a Dios. Yo no soy Católica sin haber reflexionado mucho sobre esto... Hasta los doce años viví en Bogotá, después fuimos a vivir diez meses con la Madre de mi Mamá que era protestante. Ella trató de convertirme. Mientras estuve allí no leí más sino libros protestantes, no iba sino a iglesias protestantes. Pero, aunque muy niña, escuchaba todo, leía todo, nunca contradecía, pero no me pude convencer. En Francia estudié y comparé los dos cultos, el Católico y el Protestante, y estoy hondamente convencida que el primero es el mejor para mí, porque yo creo que la religión de cada uno se encuentra en el fondo de su corazón y en lo que puede creer. [...]» (503). La razón que da para preferir un culto a otro es paradójica, pues el principio de la religión «personal» es más bien protestante que católico.

y 1850 vive en París con su familia. De todos esos sucesos, deja huella en su diario. Son años en que se fragua la formación políglota de la autora, que se reflejará en sus escritos (plagados de citas en inglés y francés), desde muy pronto. También quedarán en las páginas del diario recuerdos de su abuela o de las amigas parisinas, así como de un primer diario escrito en Francia, del que, al parecer, nada se ha conservado.<sup>3</sup>

Los viajes continuarán siendo una constante en la vida de Soledad: una vez casada en 1855 con el político y escritor José María Samper (1828-1888) vuelve nuevamente a Europa, donde permanece por casi cinco años (1858-1863), para regresar a Bogotá después de una estancia en Lima. Esa segunda etapa viajera, coincide con el inicio de su escritura pública, cifrada en colaboraciones enviadas a la prensa colombiana desde París.

Por fin, tras enviudar en 1888, Soledad Acosta volverá a instalarse en París por cuatro años, hasta que es consignada como Delegada Oficial de la República de Colombia al IX Congreso Internacional de Americanistas en Madrid. Los honores se acumularán en la última etapa de su vida: en 1902 es elegida académica de la historia en Bogotá; en 1905, delegada por su país en las conmemoraciones del III centenario del *Quijote*. A su muerte, sólo la sobrevivió una de sus cuatro hijas y una extensa obra narrativa, ensayística e historiográfica.

El hallazgo hacia comienzos de 2003 de su diario, y su publicación en 2004, supuso un acontecimiento no solo en la historia de las letras colombianas, sino en la historia de la escritura de la intimidad en todo el ámbito hispanoamericano.<sup>4</sup> Aunque pueda parecer rara (cada vez menos), la escritura diarística hispanoamericana existe,<sup>5</sup> pero hoy por hoy resulta difícil encontrar un testimonio más antiguo que este minucioso recuento (más de 700 páginas en su original manuscrito) de unos meses capitales en la vida de una señorita colombiana de la alta sociedad a mitad del siglo XIX (y que podría cotejarse, sin desdoro, con muchos de los diarios de *demoiselles* estudiados por Lejeune, por ejemplo).

Se trata de un riquísimo diario de lecturas y de una muy consciente reflexión sobre la condición femenina y, a partir de un momento dado, puede leerse también como un diario de guerra muy singular, testimonio fundamental de un periodo convulso en la historia de la consolidación de la nación (tras el golpe de estado de José María Melo, en abril de 1854).

<sup>3</sup> «7 de abril [1854]. Estuve leyendo mi diario de cuando estaba en el colegio en 1847 [...]» (195).

<sup>4</sup> Carolina Alzate da cuenta de las circunstancias de la pesquisa que condujo al hallazgo, a partir de una única mención en un estudio de 1952, en la introducción a su edición (XVI-XVIII). El interés por la obra de Acosta parece haberse relanzado tras la publicación del diario: en 2007 se publica una importante novela suya, *Una holandesa en América* (Casa de las Américas y Universidad de los Andes) que, tras una edición por entregas en 1876, sólo había conocido otra en volumen en 1888.

<sup>5</sup> Hace décadas se intentó incluso una tesis doctoral que no ha tenido demasiado eco (Cruz Ortega).

En esta ocasión, sin embargo, me interesa señalar cómo el texto refleja la construcción de una identidad subjetiva, proceso que, en el diario de Acosta, como en tantos textos del género, va unido a la superación del discurso solipsista y, singularmente, a la experiencia amorosa. Ciertamente, aquí el enamoramiento desencadena la escritura. Pero esa experiencia se alía con una circunstancia trágica: Soledad comienza a imaginarse escritora en el tiempo que media entre la muerte de su padre, el mencionado Joaquín Acosta (21/2/1852) y el inicio de la relación con su futuro marido, José María Samper (agosto de 1853). Es un espacio vital que puede definirse, en el caso de Acosta, desde el punto de vista de la comunicación, porque se define entre el duelo por un interlocutor perdido y la ilusión ante el nuevo interlocutor hallado. En esas circunstancias, el diario irá convirtiéndose, literalmente, en el *sitio* del amado. Desde el origen Samper aparece como un nuevo interlocutor-preceptor y, como tal, será una presencia sustitutiva de la figura paterna.

El tema casi constante del diario es la «evidencia de [la] no-presencia» de Samper, como ha dicho Ramírez (2005): al principio aún no está claro que este notable político y escritor vaya a ocupar un lugar en la vida de la autora, aunque ella lo desee; cuando ese deseo se confirma, Samper desaparece, sin embargo, de su vida cotidiana, pues las circunstancias políticas (el golpe de estado de José María Melo, del 17 de abril de 1854) le obligan a pasar a la clandestinidad.

La «escena» del primer encuentro entre Soledad y Samper nunca es relatada directamente en el diario, sino sólo evocada en diferentes ocasiones de modo indirecto (por lo general, cuando se cumple un cierto plazo: al cabo de algunos meses, al año...). Pero el silenciamiento de esa escena *original* es relativo, porque aparece con cierto detalle en unas «Reflexiones», escritas en inglés y fechadas en Guaduas —el lugar donde conoció a Samper—, el 22 de agosto de 1853, que preceden a un relato de ficción y al diario mismo, en la edición que maneja.<sup>6</sup>

Esas «reflexiones» comienzan con promesas de recuerdo constante y la confesión de que Samper ya había aparecido antes en su vida: «*There he stood, beauty breathing and talent in every feature. I shall never forget that day, sweet, sweet day. It was not the first time I beheld him. [...]*» (3). Enseguida, Soledad se acuerda de Elvira, la primera esposa de Samper, muerta también en 1852: «*What am I that he should remember me more than her, so beautiful, so lovely. [...]*» (4). Esa duda acompañará a la autora durante buena parte de su diario.

---

<sup>6</sup> Según la editora, esas «Reflexiones» aparecen en un cuadernillo distinto a los de los diarios, que en la edición moderna sólo se transcribe parcialmente, pues se ha decidido prescindir de otra parte titulada *Pensamientos, apuntes y notas*, fechada «*En Guaduas, agosto de 1853*» (1 n.). Las citas proceden de la edición citada en la bibliografía. Se indica fecha (con el año entre corchetes, porque suele faltar en las entradas) y número de página.

Ya en ese texto con función prologal, Soledad traslada a Samper los sentimientos que tenía hacia su padre y expresa el temor de no volver a encontrarlo y así perder al interlocutor privilegiado: «[...] I feel that only him, only him can ever understand me and maybe I shall never see him again. [...]» (5). Por supuesto, Soledad apunta también allí el tópico de la transformación *amoris gratia*: «Oh! how changed I am, everything I see with other eyes than before» (5). Por esa razón, Soledad querrá hacerse «más interesante», por «su mente, ya que no por su aspecto», con un propósito evidentemente seductor: aprender, llenar su mente de conocimientos que le permitan *hablar con él*, adquirir elocuencia, expresar de modo brillante sus sentimientos:

I must learn, work, work so that if we'll ever meet again I may be able to speak to him and make myself more interesting, at least in my mind if not in my figure. Yes, I must store my mind with learning, that I too may know but I shall never be able to express myself. Oh!, why have I not the gift of eloquence, why can I not express what I feel in glowing terms, why do I feel so much and never be able to say it... Away... away... with reflections (5-6).

Por todo eso, quizá, Soledad comienza a escribir su diario, tras haber enunciado temas que constituirán su contenido (y su propósito) fundamental: el desarrollo del talento a través del estudio —y la lectura—; la virtud compensatoria que tiene ese talento en relación con la belleza; el temor a la falta de elocuencia.<sup>7</sup> Entonces puede comenzar a escribir, como tarea derivada directamente de la relación con el «amado». La figura de éste constituye el límite inicial y final de esa escritura y, en consecuencia, será el límite de la identidad propia de la autora. La presencia de Samper será cada vez más evidente en el diario: al principio sólo se refleja en «rumores» (lo que otros dicen de él), recuerdos o imágenes (a veces, sospechas) de la propia autora. Enseguida, se hace presente a través de sus textos, copiados por Soledad en el diario: textos publicados en la prensa, que, a su vez, en ocasiones, provienen del diario personal de Samper.<sup>8</sup>

Es interesante señalar que, justo en el momento en que comienza esa que podría llamarse «ocupación textual» por parte de la palabra del «otro», Soledad comienza a poner notas a su propio diario, dejando constancia de una relectura (también fechada, en junio de 1864). En la entrada del 8/3/1854 anota: «Todo eso

<sup>7</sup> Podría ser interesante comparar esa escena con la escena de otros reencuentros ulteriores con Samper, por ejemplo el 28 de enero 1854, cumplido el plazo de «cinco meses y siete días» que se han dado para confirmar su pasión. Agitada, Soledad mientras lo espera prepara «teatralmente» la escena: «tomé la vida de Demóstenes, y sentada en el Gabinete quise verle llegar y así prepararme para recibirlo como debía» (124). A finales de 1854, también resulta interesante la reaparición de Samper tras el desenlace de la guerra. Igual que en enero, se subraya la transformación física: «6 de diciembre [1854]. [...] Nosotras gritábamos vivas a nuestros valientes salvadores. Él también estaba entre ellos, ¡pero cuán cambiado! [...] ¡Apenas lo conocí yo cuando pasó y me saludó... [...]» (444).

<sup>8</sup> Como una descripción del monte Tolima, tomada de *El Pasatiempo* y transcrita el 8 de marzo de 1854 (pp. 146-149).

era una burla. Él no pensaba en mí entonces...» (150 n.). Al releerse, Soledad deja huella de las «distorsiones» iniciales de su amor, que sólo el tiempo corregirá. Poco a poco, como dije, el amado se va *haciendo sitio* en el diario: Samper será protagonista con la narradora de las escenas que ella evoca; llegará a establecerse incluso una especie de diálogo de diario a diario, y el amado terminará invadiendo las páginas del de Soledad con texto escrito directamente sobre ellas. Además, Samper escribirá un poema titulado «Tu diario» (633-635). Así, su voz desplazará la de Soledad: la historia concluye cuando ella decide dejar de escribir, porque será *él* quien lo haga. Tras el matrimonio, la autora se borra: se cambia el nombre (Soledad Acosta *de Samper*) y abandona el diario.

#### LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO COMUNICATIVO

Por todas partes, desde las citadas «reflexiones», el diario de Acosta manifiesta un deseo inequívoco de hallar interlocutor y, en la propia escritura, se verifica la construcción de un espacio de comunicación relativamente complejo. Al principio, la intimidad se traduce —como en tantos diarios— en diálogo con un «otro yo», que adopta diversas máscaras. Una de las menos frecuentes resulta ser la figura paterna, aunque su sombra pueda estar en el origen de la escritura del diario. Lo cierto es que el padre muerto casi nunca aparece en esas páginas como interlocutor de Soledad,<sup>9</sup> y sólo raramente lo hace como objeto del discurso. El 18 de noviembre de 1853, Soledad aquilata la magnitud de su pérdida y su dolor tras la muerte del padre:

[...] yo también he tenido una pesadumbre grande: ¡el perder a su padre! Nadie sabe, nadie ha sondeado hasta el fondo de mi alma y ha visto allí el pesar más grande. Perder, ver desaparecer de la tierra a la única persona que me comprendía, a la única persona que sabía lo que era yo porque me parecía en sus sentimientos, en el genio. Desde el día, desde la noche en que pude persuadirme de la realidad de tanta desgracia, desde ese momento me sentí cambiada, ¡y cuán cambiada! El pesar había hecho que de una muchacha sin pensamiento, sin ideas, apoyada en mi padre, de repente sintiera que el apoyo se me había ido y que estaba sola. [...] Aquella noche tan amarga, tan terrible,... esa noche me volví independiente de todo y sentí que era otra. Fue grande la pena, tanto más inmensa, tanto, que nunca hablo de mi padre. Me parece un sacrilegio, me parece falta grande hablar de él y aun pensar en él con la sonrisa en los labios. Cuando quiero estar triste

---

<sup>9</sup> Carolina Alzate, en el prólogo a la edición (XXVII-XXVIII, XXX), afirma lo contrario, a pesar de la evidencia textual. No será, entonces, esa figura la que hace de este diario, como la editora sostiene, un caso de escritura femenina supeditada a la sanción patriarcal. Con toda evidencia, es Samper el que ejerce ese papel de «interlocutor-destinatario, encarnado y/o imaginado en una figura de hombre, [que] transforma el espacio autobiográfico, que deja de ser espacio privilegiado de la construcción de la identidad del “yo”, para convertirse en lugar de contacto con el mundo y con los demás» (Arriaga, 10).

pienso en tan grande desgracia. Pero nunca es que siquiera pronuncio esas palabras que me conmueven, y no quiero mostrar mi pena porque mostrarla sería desear que me la alivien, y yo *no quiero* ser consolada. [...] (82-83).

Asumiendo esa cuasi sacralización, pocas veces, en efecto, se referirá a él, y sólo en la última página del diario la presencia del padre cobra una fuerza ilocutiva inequívoca, cuando ya Soledad se está despidiendo de su cuaderno y de su vida anterior, para convertirse, de nuevo, en «otra»:

*4 de mayo [1855], diez de la noche [...]* Invoqué la sombra de mi padre para que me protegiera en mis nuevos, y difíciles, deberes, en llevarlos bien. ¡Padre mío que me amabas tanto, mírame ahora cuán dichosa soy y dame algunas de tus virtudes para poder hacer feliz al hijo que mañana te presentaré en el esposo que he aceptado! [...] (548).

Eso es todo, pero no es la única presencia fantasmática en el diario de Soledad: Elvira, la primera esposa de Samper, fallecida en 1852, como el padre, aparece, sin embargo, constantemente en estas páginas, habitualmente como personaje, aunque terminará también por convertirse en destinataria ocasional de las palabras de Soledad.

Su primera aparición en el diario, el 18/10/1853 (37-38), resulta filtrada por la literatura: una novela de Benjamin D'Israeli, uno de los autores preferidos de Soledad, *Contarini Fleming. A Psychological Autobiography* (1832), le recuerda la trágica pre-historia amorosa de Samper: la protagonista de la novela se parece a Elvira y Soledad teme que la pasión que mereció por parte de Samper fuera tan intensa como la de la novela.

Desde ese momento, Elvira será la piedra de toque del amor de Soledad: llega a aparecérselle en sueños que transcribe, aderezados por el filtro romántico-literario que propicia la coincidencia onomástica con la heroína de «El estudiante de Salamanca» (23/10/1853; p. 40). Tras copiar las estrofas de la despedida de Elvira en el poema de Espronceda, Soledad revela hasta qué punto esa figura está ligada a la definición de su personalidad:

[...] Yo oí esto y mis ojos se anegaron de lágrimas y confundí mi existencia con la de ella, y ya no solamente escuchaba la voz de la desgraciada sino que sentía yo lo que ella había dicho, el mismo pesar me agobiaba y en ese instante desperté... [...] (40).

Casi un año después, Elvira seguirá apareciendo en los sueños de Soledad, que ella se esfuerza por interpretar en la vigilia, como camino para conocer mejor su inestable condición.

El 7/6/1854 relata haber soñado que estaba en un cementerio, acompañada por un Samper tan triste que no se atrevió a hablarle:

[...] Seguí andando y de repente se paró mi compañero y se fijaron sus ojos con melancólica expresión sobre una lápida más adornada que las demás. Estaba todo muy oscuro, no podía leer bien la inscripción de ella, pero el nombre de *E.* brillaba entre los dorados más claro. Y *Acosta* también pude leer. Seguí leyendo inscripciones en las demás bóvedas y en cada una sólo *Acosta* leía claramente. Este sueño me atormenta y me persigue sin cesar. La muerte siempre la veo presente y el nombre de *E.* me estremece. [...] (282-283).

El 22/8/1854, por ejemplo, Soledad atraviesa abatida un desierto desolado; siente la llamada de «la eternidad», pero teme que nadie la espera allí; el escenario cambia y ve a Samper moribundo. Surge, entonces, la presencia de Elvira y se convierte en interlocutora explícita de la escritura de Soledad:

[...] No tenía remedio, iba a morir. Me enloquecía. ¡Me quedaré yo sola en la tierra!... Murmuran algo sus labios, se mueven, escucho. Una sonrisa angelical se esparce sobre su fisonomía. ¡Elvira!, dice tiernamente, y expira... Y la veo *a ella* sobre una nube que lo llama... ¡Dios mío!, su último pensamiento no fue mío, ni eso pude lograr yo que lo amo tanto... Venciste Elvira... Fuiste todo para *él*, ¡hasta el último momento un ángel que lo esperaba en el Paraíso! ¿Y yo qué soy?... ¡Nada!... Le entregué mi alma, mi corazón entero, ¡y me olvidó para vivir eternamente en ti! Y veía toda la escena, y adonde quiera que volvía los ojos encontraba escrita mi desesperación... Ni en la muerte encuentro reposo. *Ella* era su anteotipo. ¿Y yo?... nada. Me desperté. ¡Gracias, Dios mío!, ¡fue sólo sueño! Mi pecho estaba oprimido, mi corazón latía apresurado, la cabeza la sentía de fuego. [...] (367-368).

El concepto de «anteotipo», que Soledad deriva de Platón,<sup>10</sup> se convierte en clave de la interpretación de su relación con Samper: el amor es visto como «complementariedad» de sujetos distintos y cuando uno de ellos ha tenido relaciones previas (sólo frustradas por la muerte), semejante complementariedad puede quedar en entredicho. Esa inquietud corroe a Soledad hasta que a comienzos de 1855, cuando ya el compromiso ha sido oficializado, encuentra en la lectura del diario de Samper la disipación de sus dudas:

*10 de enero [1855], las once de la noche* [...] Me mostró su diario y allí encontré que mis más locos sueños se habían realizado, pues ya no me queda *duda* ninguna de que su alma es hermana de la mía: *Ella no era su anteotipo*... (466).

Es la confesión de su triunfo final, que deshace la derrota soñada en agosto del año anterior. En ese instante, sin embargo, Soledad contiene su alegría

<sup>10</sup> Según creo, a partir de una lectura muy literal del tratado *On love* de Shelley (a quien, sin embargo, Acosta no cita en su diario): «*10 de noviembre [1853]*. "Platón creía en la existencia de un anteotipo espiritual del alma, así es que desde que nacemos tenemos en nuestro interior una cosa que nos impele a buscar y a desear encontrar nuestra semejanza" [...]» (63). Estas palabras parecen traducir las del poeta inglés: «We are born into the world, and there is something within us which, from the instant that we live, more and more thirsts after its likeness».

por consideración hacia la esposa muerta, que vuelve a aparecer como interlocutora:

[...] ¡Perdón, Ángel de *su* vida!, ¡perdón, Elvira! ¡Tú lo amabas, tú lo adorabas y yo lo *comprendo!*... Sí, yo lo conozco íntimamente, profundamente, comprendo sus pensamientos aun antes de expresarlos. ¡Oh!, ¡yo lo amo y lo conozco tanto! [...] (466).

Elvira resulta ser, entonces, una interlocutora más importante que la figura paterna: es, verdaderamente, la máscara de un «otro yo» posible. Para que Soledad no sea solamente la sombra del fantasma, su amor debe ser *necesario*, ha de haber un *plus*: la *comprensión*, y ello justifica la creciente presencia ilocutiva de José María Samper en el diario de Soledad.

Porque, en efecto, más allá del fantasma de la «otra» mujer, el amado y el propio diario serán los interlocutores principales de Soledad. Samper, primero objeto de la escritura, se convierte en sujeto de la comunicación: su representación pasa de la 3.<sup>a</sup> persona (*él*), más o menos críptica (un símbolo parecido a la Z, al que en la edición sustituyen tres asteriscos), a un «tú» directo, pasando por representaciones verbales que pueden valer como tercera persona o como vocativos de segunda: *mi bien*, *mi trovador*; *mi amado* o, directamente, *mi Pepe*. Al principio, la representación del amado como interlocutor tiene también algo de «fantasmática», en la medida en que Soledad cree que el verdadero Samper nunca ha de acceder a la lectura:

*2 de abril [1854] [...]* ¡No sabes tú cuando hablas de mi diario que él consiste enteramente en pensamientos dedicados a ti! ¡Que mi diario es el grito secreto del alma que se eleva e interroga tu espíritu! ¡No sabes que mis más íntimas ideas no tienen otro objeto que el de amarte!... [...] (182).

Meses más tarde, cuando la contienda civil derivada del golpe de estado de 1854 se ha calmado y el noviazgo se ha encauzado, el texto refleja explícitamente la transición que experimenta la figura de Samper, de objeto a interlocutor, y la ulterior recuperación de la condición de objeto —mediada por el apelativo *mi trovador*—:

*16 de enero [1855], diez y media de la noche. [...]* Adiós dudas, no molestéis más mi alma, ¡dejadla en paz! *Él* verá estas líneas y sabe cuánto, cuán profundamente lo amo. Tú lo sabes, ¿no Pepe? ¡Jamás has dudado que te amo! Hasta ahora he sido perfectamente franca y por esto estoy satisfecha conmigo misma y seguiré siempre lo mismo. Con *mi trovador* no debo tener esa reserva que ha sido el martirio de mi vida, que ha amargado mis pasados años. Si no estuviera yo tan profundamente persuadida que *él* me ama como jamás amó antes *jamás* le hubiera dado mi corazón, mi mano no podría ser suya *nunca* si tuviera yo la menor duda... ¡Dudar, jamás! (469-470).



Unos días después de esa anotación encontramos otra que demuestra que la situación reflejada en la del 2/4/1854 se ha transformado por completo: Samper ya no es sólo objeto del diario, sino que se ha convertido en interlocutor *real único*:

*18 de enero [1855]. [...] Sólo tú, Pepe, has llegado a leer, lo que creía que jamás habría un ser al que yo permitiese ver, tú has visto. ¡Hasta el fondo de mi espíritu con sus locos pensamientos y cuán profundas melancolías! (471).*

A partir de esos momentos, en las páginas del diario se podrá hablar de cosas que no tienen lugar en ningún otro espacio comunicativo.<sup>11</sup> Sea como fuere, un poco antes de la boda, los diarios de ambos han dejado de ser lugares de la expresión íntima para convertirse en espacios suplementarios de la comunicación y, por tanto, su posesión sólo puede ser común: «*11 de abril [1855], las diez y media de la noche. [...] Tu diario es tan mío como el mío es tuyo, encuentro tanto placer en leerlo como tú al leer éste. [...] (534).*

Por eso hay que atender ahora al diario como el más importante de los interlocutores de Soledad. Obviamente, se trata de una especie de desdoblamiento de la autora, que puede encontrar otras figuraciones abstractas: la filosofía (31/3/1854; 175), la conciencia, las dudas —como acaba de verse— o, cuando el impulso retórico se intensifica, la patria misma (11/11/1853, 68-69). Pero el apóstrofe al «diario» es una característica tópica del género que Acosta asume, y que experimenta matizaciones a lo largo de la escritura. Al principio, el diario es el «ser imaginario a quien le estoy hablando mientras escribo» (18/3/1853, 18); de hecho, en ese momento es el *único* interlocutor que acepta la autora.<sup>12</sup> La construcción de ese interlocutor imaginario privilegiado se matiza en esas primeras semanas de escritura, revelando que la práctica diarística es un *trabajo* fundamentalmente

<sup>11</sup> Refiriéndose a una manifestación de celos retrospectivos hacia la esposa muerta de Samper, Soledad añade: «*13 de febrero [1855]. [...] Las dos de la tarde. Pepe, cuando veas lo que arriba he escrito piénsalo, pero nunca me hables de eso. Tal vez yo no lo debía haber escrito, pero este es mi "diario" y tengo que recordar aquí todas mis emociones, todos mis más hondos sentimientos. [...] (495).* Aún más significativa resulta la alusión a un «secreto», que no llega a decirse: «*8 de marzo [1855]. Acabo de recibir una larguísima carta de Pepe y he tenido la pena de no mostrársela entera a mi madre. ¿Por qué? No he tenido valor, hay allí revelaciones que no quisiera que ella supiera jamás. Yo la conozco mucho y sé que le darían mucha pena... Sabe Dios las lágrimas que me ha costado a mí... Nunca me vuelvas a hablar sobre una materia que me entristece tanto. No quiero *verla* nunca y trataré en olvidar su existencia. [...] No sé pues cuáles deben ser mis sentimientos sobre eso. Tal vez no podré olvidarlo, porque tengo que confesártelo que esto me ha llenado de profundo pesar. Mi corazón no puede acostumbrarse al mundo. ¡Pepe te... perdono! Pero *nunca* me vuelvas a hablar de ella. ¡Oh!, ¡tú comprendes bien de quién hablo! [...] (512).* Ese «quién» quedará como un «punto ciego» del diario: no puede tratarse de Elvira, porque *de ella sí hablarán*. Vallejo ha estudiado bien los «silencios» de Acosta: la reticencia a hablar de su padre; las referencias a cierta triste «parte de su vida» de la que no quiere escribir (16/10/1854; 406); la ocultación por largo tiempo del nombre del amado, por supuesto... Pero nadie ha reparado en este otro secreto.

<sup>12</sup> «*17 de octubre [1853]. [...] ¡Mi Diario!, tú solo sabes el interior de mi corazón, tú no más conoces lo que pasa en mi alma, tú no más sabes las emociones secretas, las alegrías que por momentos siento y los pesares muchas veces tan profundos que me agitan. [...] (35).*

afectivo, que al correr del tiempo se estabiliza y se convierte en un amable ejercicio de memoria.<sup>13</sup>

Esa íntima relación entre el yo y el diario sólo puede ser amenazada por un lector externo. En los primeros meses de la escritura, se solicita del diario el mayor de los secretos; se lo convierte en «cómplice» contra la invasión de un posible lector «imprudente y curioso».<sup>14</sup> La figura temida de ese lector «externo» vuelve como fantasma, punto de vista que, de tener acceso al diario, descubriría las discrepancias entre el sujeto de la escritura y el sujeto de la vida. El diario, entonces, es el lugar de construcción del verdadero yo, enmascarado por la «persona» que actúa en el mundo:

*27 de diciembre [1853].* [...] Cualquiera que leyese este diario y viera los desvaríos de mi imaginación, que leyera las emociones tan diversas, tan distintas cada día, creería que eran escritos de una loca... Sin embargo no puede haber, en lo exterior a lo menos, muchacha más tranquila, más callada, más quieta en la sociedad... Nadie me conoce verdaderamente. [...] (109).

Unos meses después, esa figura de lector externo que puede descubrir lo que se quiere ocultar empieza a perfilarse: es la del amado, todavía excluido como posible destinatario de esas páginas. El diario sigue siendo «único confidente», pero empieza a transformarse en «objeto» y así se debilita: su fragilidad empieza a intuirse, hasta el punto que se plantea que la única forma de protegerlo de un interlocutor no deseado es la destrucción:

*14 de septiembre [1854].* [...] *Las diez de la noche.* [...] Tú, Diario mío, eres el único confidente, porque ¿tengo yo en el mundo amiga alguna que pueda comprender mis sentimientos sobre esto? No... Si a nadie puedo comunicar esta tal vez aprehensión demasiado simple, porque no hay una alma que entienda mis escrúpulos. Temo que si \*\*\* viera o supiera que yo lo amo tanto, que mis pensamientos son sólo suyos y que mis ideas no tienen otro objeto que el de acordarme de él, que si él viera algún día este diario en que se retrata toda mi alma, todos mis íntimos sentimientos, creyera que yo no debía amarlo tanto. Esta idea me persigue, porque sé que algún día él querrá leer esto. Aun he pensado quemarlo para que jamás lo vea. (393).

Bastará, sin embargo, que pasen unos meses para que el «ojo imprudente y curioso» esté ya presente (aunque sea por procuración) en el momento mismo de

<sup>13</sup> «19 de noviembre [1853]. [...] Mi Diario es como un amigo a quien no se conoce bien al principio y al que una no se atreve a abrirle enteramente su corazón. Pero a medida que se conoce más se tiene más confianza y al fin le dice cuanto piensa. [...]» (86); «28 de marzo [1854] [...] ¡Mi amado cuaderno compañero de mi juventud! Cuán delicioso es trazar en cada página, recordar en cada línea algún pasaje ocurrido en los días tal vez más felices de mi vida. Cuántos recuerdos. [...]» (172).

<sup>14</sup> «6 de noviembre [1853]. [...] ¿No hay aquí una persona que pudiera simpatizar conmigo, no hay a quién comunicarle mis alegrías? Tú, ... mi Diario, recibe mis pensamientos... Tú, ... no más, conoces la extensión de mi gozo... Guarda mis ideas y no las vayas a revelar a ningún ojo imprudente y curioso. [...]» (59).

la escritura: «5 de enero [1855] [...] Ahora ya no estoy sola al tiempo de escribir mi diario, porque él me regaló su retrato. [...]» (462). El diario, pues, está convirtiéndose en algo híbrido: objeto «comunicable» y, a la vez, espacio de comunicación. Conforme avanza la relación con Samper, el diario irá cediendo a éste su condición de interlocutor, sin mayor conflicto, al menos mientras Samper no pueda acceder directamente a la lectura, consciente la autora de que las apelaciones a uno o a otro son todavía sólo licencias retóricas, pues, en el fondo, Soledad habla consigo misma.

Pero en el paso de 1854 a 1855 las cosas cambian. El 16/12/1854, Soledad aún duda si mostrará alguna vez el diario a Samper. El 19, sin embargo, le deja ver ya una página y el 24 otra. El intercambio de diarios comienza, y el 9 de enero de 1855 Soledad confiesa:

[...] *Las diez y media*. Esta noche he hecho una cosa que me admira a mí misma, una cosa que yo no creía que sería capaz de hacer jamás. ¡He dado mi diario entero de la Revolución a P. [Pepe=José María Samper] y mostrándole sólo dos o tres páginas se lo he dejado llevar entero a su casa para que lo tenga en su poder y no lo lea!... ¡Habré sido imprudente, será esto pedir demasiado al poder sobre sí mismo que el tener entre sus manos en un cuarto y solo y lejos del mundo entero un cuaderno de mis pensamientos, de mis sentimientos más íntimos y no tener curiosidad para leerlo!... ¡Yo tengo completa confianza en su palabra de honor! ¡No sería digno P. de la menor estimación si pudiera hacer un acto como éste! Me voy a acostar tranquila y perfectamente confiada (465).

El diario se ha convertido, por fin, en objeto; más: en prueba de amor, en una especie de fetiche opaco. Sin embargo, pronto se abrirá para el nuevo interlocutor. Unos días después, una nota ilustra bien sobre el proceso de desplazamiento de interlocutores. La nota comienza dirigiéndose al diario: «18 de enero [1855]. Mi diario, mi fiel compañero de mis lágrimas y alegrías, ¡cuánto consuelo encuentro en confiar todos mis pensamientos en tus calladas hojas!» (470). Enseguida, se revela que, con una mínima distancia temporal, esas hojas pueden dejar de ser silenciosas y generar a su vez un diálogo fuera del texto: «Le había dado antes de ayer el diario de diciembre a Pepe. Me lo volvió hoy. Hay allí mil desconfianzas en mi porvenir, mil aprehensiones infundadas, que quiere ahora que le explique la causa de ellas» (470-471). Pero antes de que esa «explicación» se plasme en la realidad, se ensaya en las páginas del diario: al amado —a sabiendas de que lo leerá, aunque sea con algún retardo— se le dirige allí una primera apología de la propia persona y una presentación del diario, en términos muy interesantes:

No comprendes mi *trovador* que mi alma es a veces triste y que tiene accesos de profunda melancolía, y que entonces una palabra, una simpleza insignificante me llena de amargas reflexiones y no pudiendo comunicarlas las escribo y después me hallo más consolada. Esas son las *historias secretas de mi corazón, la vida aparte que tiene mi alma*, distinta vida de la que aparece, y adonde se pasan mil dramas de amargura y de placer inmenso, el *recóndito santuario de mis íntimos*

*sentimientos*, mis arranques de pesar o mis transportes de placer... (471; la cursiva es mía).

Leer el diario supone, directamente, leer en el corazón:

Allí nadie había penetrado antes, hasta ahora *nadie* había leído en mi corazón. Sólo tú, Pepe, has llegado a leer, lo que creía que *jamás* habría un ser al que yo permitiese ver, tú has visto. ¡Hasta el fondo de mi espíritu con sus locos pensamientos y cuán profundas melancolías! Eres ingrato mi Pepe, no agradeces la confianza que yo hago de ti y esto me entristece. ¿Qué más quieres saber sino que yo te amo y que *ahora* nunca tendré dudas? Dios sabe que tengo tanta confianza tan completa en ti como en mí misma, ¡qué más explicaciones quieres sino que te prometí ser tuya! Por eso fue que jamás te dije *nada* hasta que no estuve completamente convencida que tú eras digno de todo mi cariño. Si yo hubiera visto que me había engañado y que tú no me amabas cual yo lo pensaba, entonces te habría desengañado inmediatamente. Pero fue al contrario, te di mi corazón para siempre. Mi mano será tuya un día. ¿Ahora encuentras satisfactorias mis explicaciones? (471).

El espacio comunicativo que establece el diario se ha transformado ya profundamente: se ha abierto entre los amantes un diálogo en doble nivel (dentro / fuera del diario): las explicaciones se piden «fuera» y se dan «dentro», porque, en realidad, ya no hay frontera.

Pero aún es posible un paso más: la exclusión explícita del diario como interlocutor. Esto se produce cuando el compromiso se ha hecho oficial y las páginas del diario se han abierto a la lectura de Samper.

La primera exclusión inequívoca, no obstante, ocurre en la fase final del noviazgo, a menos de dos meses de la boda:

*30 de marzo [1855], las once de la noche.* [...] Yo te contara, mi diario, qué sucedió esta tarde, ¿pero para qué lo has de saber tú? Mejor es que esto quede sepultado en nuestros corazones... [...] (526).

Una expresión semejante hubiera resultado inconcebible apenas unos meses antes, pero es resultado de un proceso gradual y casi «agónico»: el diario se convertirá en «víctima» de un *plazo* (ese motivo tan romántico). En una nota en la que la interlocución es compartida aún por los dos sujetos más conspicuos, la cuestión es explícita:

*15 de abril [1855], las diez de la noche.* ¡Hermosa fecha la de hoy, bien mío! En este día fue que supimos amarnos, hoy hace veinte meses que te conocí mi Pepe, y de hoy en veinte días seré tu esposa... Como corre el tiempo. ¡Veinte días no más faltan, mi diario, para decirte adiós! Después, *él* escribirá el diario de *nuestra* vida. Yo no tendré nada que contarte entonces a ti, fiel compañero de mi amor, depositario de mis secretas penas y alegrías, pues todo lo que te digo a ti se lo diré a mi Trovador. [...] (537).

Soledad anuncia la despedida, la sustitución del texto por la persona y, con ella, la aniquilación de la propia escritura, que cede ante la del «otro» masculino. No solo desaparece el diario como interlocutor, sino que también desaparece la Soledad escritora, que abdica de su condición de sujeto discursivo.<sup>15</sup> La última anotación del diario representa esa «agonía», con una euforia que, sin embargo, para un lector moderno, no deja de sonar melancólica:

*4 de mayo [1855], diez de la noche. ¡Adiós, mi diario, adiós!... Llegó por fin el día en que me despidió de ti después de haberme acompañado diariamente por un año y ocho meses. Te comencé con dudas, con tristezas, con amargos pensamientos aunque una esperanza brillaba entonces en lontananza, esperanza que vi realizada después... Te doy fin llena de alegría, de placer profundo, viendo entre sueños una felicidad prometida sin un pesar en la memoria, sin una duda, ¡sin una nube tan sólo en mi espléndido horizonte! Te empecé porque mi corazón deseaba tener un amigo a quien confiar mis sueños, mis recuerdos, mis penas, mis alegrías, y sobre todo para hablar de aquél que había hecho tan profunda impresión en mi corazón. Yo deseaba desahogarme, contar mis sentimientos, y te busqué a ti, fiel compañero que has recibido todas mis lágrimas, mis suspiros, mis deleites. Te dejo feliz, el corazón completamente tranquilo. Pero te dejo conmovida porque has sido por mucho tiempo mi único amigo y consuelo mudo de mis dolores... Ahora tengo otros deberes que cumplir y sólo a él debo contar mis pensamientos. Sólo en él tendré la confianza que tuve contigo. [...] (546-547).*

Esa última anotación es también un balance y, en cierto sentido, un obituario por anticipado: al cerrar esas páginas desaparecerá una Soledad y surgirá otra Soledad nueva, volcada hacia la utopía. Tras expresar rotundamente el papel de interlocutor *único* que a partir de entonces ocupará el marido, la sustitución se representa con un último párrafo en el que, de nuevo, Samper pasa de objeto a interlocutor:

*[...] Mi adorado Pepe me trajo un bellissimo y perfumado ramo de pensamientos esta tarde. ¡Cuántos recuerdos tendrán en lo futuro, amado mío! Nosotros seremos tan dichosos, ¡no es cierto, mi dulce Trovador! ¡Hasta mañana mi novio amado! (548).*

Con esas palabras termina el diario de Soledad Acosta y se abre un espacio vital nuevo mientras se clausura el espacio de comunicación habitual en el que la joven había ido definiendo su personalidad.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL YO

La construcción del espacio comunicativo en el diario de Acosta es un aspecto estrechamente relacionado con la construcción de la identidad personal, de un

<sup>15</sup> En realidad, reaparecerá más tarde la escritora pública, alentada por su marido, pero en ese momento tal vez eso no puede saberse. La inhibición postmatrimonial, como indica Lejeune, era lo común en la práctica diarística femenina del siglo XIX.

«yo» entendido como sujeto de la enunciación y como sujeto del enunciado, función típica del género (Gilot), que quiero explorar en lo que sigue. También Soledad concibe su diario como una máquina de autoindagación. Desde las primeras líneas lo declara: «14 de septiembre [1853]. Me he decidido a escribir todos los días alguna cosa en mi diario, así se aprende a clasificar los pensamientos y a recoger las ideas que una puede haber tenido en el día. [...]» (13).

El punto de partida de esa autoexploración es la conciencia de inestabilidad, la variación, la no-identidad. En esa primera anotación, Soledad parte de una perplejidad, una pregunta que la escritura del diario intentará responder: «[...] ¿Por qué es que mi carácter es tan desigual, por qué estoy un momento triste, otro alegre, siempre incierta? Nunca tengo una idea fija. ¿Cómo conquistarme, cómo haré para ser igual en todo?...» (14).

La escritura comienza en un momento de crisis: unos días más tarde, vuelve a insistir sobre la oscuridad que reina en su interior, algo que sorprende a la autora porque es consciente de un cambio: «23 de septiembre [1853]. [...] No conozco mis mismos sentimientos, no entiendo qué se me ha hecho mi carácter que yo creía tan firme, sí, que yo creía tan constante *en sus resoluciones*. [...]» (18). El origen de ese cambio es la muerte del padre, que supone la pérdida de la base en la que se sustentaba la personalidad de la joven. El proceso de construcción de esa personalidad requiere de comprensión y esa comprensión proviene de alguien que se parece a uno. Todavía no enuncia la teoría del «anteotipo», pero ya se insinúa: el padre «se parecía» a ella y ella, tras su desaparición, buscará alguien que —también— se le(s) parezca.

Hasta el momento en que se confirme que su atracción por Samper es correspondida, el diario deja testimonio, sobre todo, de una carencia, dolorosamente representada en la figura de una madre que, en lugar de ayudar a la hija a «comprenderse», más bien parece estorbarla en esa tarea. El 1/12/1854, Soledad realiza una anotación preciosa en la que deja constancia de la necesidad del «cuarto propio», que, mucho más tarde reclamará Virginia Woolf, el espacio de la intimidad inexpugnable, de la libertad total, que a ella, todavía, no le es concedido:

¿Cuándo tendré libertad? Dios mío, qué eterna mortificación. Ni siquiera mi cuarto está al abrigo de que me dejen quieta un momento. Ni un instante estoy sola, ni un momento... Siempre he de tener testigo para todo lo que hago. ¡Mi cuarto! Ya pronto ni mi cuarto será porque siempre he de tener quien entre y salga sin cesar. Esta tarde cuando comenzó a oscurecer quería estar sola, sí, quería pensar, meditar un momento. Pero no, a cada instante se abría la puerta, que venía a cerrar la ventana, que venía a alguna cosa. ¿Qué hacer? No puedo decir nada, tengo que sufrir y callar y aguantar eternamente. No tener quien me comprenda, ... quien me aconseje. No, en el mundo no hay quien simpatice conmigo. Pero ¿sobre qué es la simpatía? No sé, no me entiendo, mi mente no sabe lo que tiene. Las ideas se me enredan, mis pensamientos son confusos, no tengo más alivio para que se calme

mi corazón agitado sino el dejar correr mis lágrimas... Y esto no me es permitido... Porque nunca, nunca puedo estar sola... [...] (93-94).

En relación con la figura de la madre «ausente» de la tarea de conformación de una personalidad, resulta muy interesante en este pasaje la elipsis del sujeto de las acciones invasivas: la que escribe sabe quién «venía a cerrar la ventana», quién «venía a alguna cosa», quién venía, en realidad, a imponer su presencia incomprendida. En anotaciones como ésta se elabora el *leit-motiv* de la «soledad» como «espacio propio», que, desde luego, la autora relaciona con su nombre. Al margen de esa soledad, no hay sino confusión y disimulo. Soledad es consciente de su «alienación» desde las primeras páginas del diario:

*17 de septiembre [1853].* [...] Uno mismo no se conoce sino cuando algún autor toca la cuerda sensible y, así, encuentra que tiene los mismos sentimientos. Yo tengo gustos raros, me gusta lo fantástico, lo vivo, lo raro, en fin, lo que no es común; no puedo sino admirar hechos de valor, sentimientos generosos, románticos, y aquello que a todo el mundo le parece locura arranca de mi alma un grito de admiración; si alguna vez hago traslucir mis sentimientos todos me miran con disgusto y creen que no sé lo que hablo. ¿Cuándo encontraré un ser como yo me he figurado? [...] (15).

Nadie la comprende, en suma. Sólo la esperanza de hallar el «alma gemela», o el tópico de la lectura como «consonancia» de almas, alivia su «extrañamiento». No tarda tampoco en aparecer otro tópico: el socrático «conócete a ti mismo», para reconocer la dificultad de cumplirlo (4/6/1854, 278). Pero en la ignorancia de «sí» hay, no obstante, un conocimiento más profundo. Un «tono» generalizado de este diario es el del automenosprecio, la duda sobre el propio talento, sobre todo cuando todavía no ha encontrado el parangón que le ofrecerá su amado Samper:

*22 de junio [1854].* [...] ¿Qué creerán de mí? Yo misma no sé qué soy. Algunas veces me persuado de que soy enteramente estúpida. Hay personas que creen lo contrario, pero sólo yo me conozco mis defectos, o más bien mis pocos alcances. [...] (296).

Semejantes dudas tiñen toda la conciencia de la identidad de la autora, incluida la conciencia de su cuerpo. No es muy frecuente en las páginas de este diario la descripción de personas, pero una de las más extensas consiste en un autorretrato:

*5 de julio [1854].* [...] Son las diez, de la noche. La noche está divina, clara, apacible, adorablemente linda. Tengo una tristeza mórbida, pesada, que me agobia el corazón. Todo me impacienta, todo me aburre, no tengo fe en mí misma, no me encuentro cualidad alguna digna de ser amada. Algunas veces creo que \*\*\* ya no me ama, que sus ilusiones cada día se debilitan,... ¡que tal vez en su alma desearía no verme más!... Qué soy yo para que me amen... ¡Belleza!, no la hay. Facciones insignificantes y creo que aun toscas. Mi juventud no tiene brillo pues mis mejillas no conocen el color de rosa. Siempre pálida, con pelo negro que le da a la fisonomía una expresión sombría. Confieso que aquí no hay atractivo que yo encuen-

tre. Conversación, ninguna, pues siempre faltándome la elocuencia a cada paso me faltan las palabras. Talento, ¡ay!, Dios mío, es ilusión. ¡Instrucción!, sólo yo sé lo ignorante que soy. Gracia, no creo, pues siempre me encuentro sin ella cuando deseo tenerla. Juventud, ya va pasando, pocos años me quedan ya. ¿Y creeré yo que el bien que yo amo pensará esta noche en un ser sin belleza, talento, instrucción, conversación o gracia? ¡Ay de mí! (313-314).

Además de una prueba de «modestia» y de inseguridad en lo que empieza a ser lo más importante de su vida (el amor de Samper), el párrafo es también un ejemplo paradójico de esa elocuencia que la autora siempre está echando de menos: la técnica retórica de «dispersión-recolección» o enumeración de las «carencias», mínimamente glosadas, para repetirlas en un epifonema final (con carácter de interrogación retórica), consiguiendo un notable efecto patético, aunque sólo sea a ojos de sí misma, como única lectora prevista.

Hacia la mitad de 1854, Soledad ha entrevisto la posibilidad de encontrar a ese «otro yo» que puede suplir la ausencia del padre y la incomprensión de la madre, pero todavía no tiene la seguridad de que sea verdaderamente su «alma gemela» o su «anteotipo». La sospecha de que Samper pueda cumplir ese papel comienza justo cuando la revolución impide temporalmente el contacto directo entre los amantes.

Soledad leerá entonces con intensidad los textos de Samper y encuentra allí la correspondencia, la profunda comprensión que estaba necesitando desde la muerte de su padre. Así lo confiesa en las páginas de su diario, diez días después del golpe de estado:

*27 de abril [1854].* [...] Por fin hallé un ser que pronuncia con la voz de la poesía los pensamientos que siento en mi corazón vibrar, ideas que se hallan en el fondo de mi alma pero que jamás se han atrevido a levantar su vuelo hacia las regiones del genio... [...] (213).

El paso del tiempo irá corroborando su feliz sospecha, hasta un punto en que le atemoriza la idea de que su interpretación del suceso pueda ir en contra de la religión<sup>16</sup>. La corriente de *comprensión* es de doble dirección y —como se vio antes— garantiza la correspondencia de las almas, otorgando una calidad nueva al «simple» amor que pudo existir entre Samper y su primera esposa. No obstante, aunque esa comprensión sea un don, lo interesante es que Soledad asume que

<sup>16</sup> La enamorada, tópicamente, teme caer en la herejía, aunque, sin embargo, el tema le parece «literariamente» seductor: *4 de junio [1854].* [...] He venido hasta creer (loca idea tal vez) en el magnetismo de ideas, es decir, que las almas que son formadas la una para la otra pueden alguna vez pensar en una misma cosa al mismo tiempo por una cierta simpatía o magnetismo. Si no, ¿por qué es que pienso de repente en cosas que jamás he visto y que no tienen interés para mí? ¿Será esto malo?, ¿estas ideas serán tal vez contrarias a la religión? Si es así, ¿qué hacer para no tenerlas? No puedo explicar lo que siento. ¡Oh!, elocuencia, ¿por qué no tengo este don tan precioso? (278-279).



debe ser cultivado para llegar verdaderamente a su ápice. Y de ahí deriva la necesidad de transformarse por el saber:

*29 de julio [1854] [...] Las diez de la noche.* ¡Todo lo he dejado! Mis libros me aburren, me cansa el estudiar. Conozco lo necesario que es saber y sobre todo lo que yo debo aprender. Sé que debo educar mi espíritu, algún día seré el consuelo, tal vez la felicidad de *él*. Sí, porque quién conoce como yo cada pensamiento que cruza por su mente, quién lo amaría bastante y comprendería su carácter suficientemente para adivinar la causa de sus penas o alegrías. Por eso yo deberé tener la mente cultivada y saber, ¡saber lo suficiente para ser su compañera en el difícil y peligroso paso de la vida! Sin embargo nada puedo hacer... Conozco *mi* ignorancia, pero no puedo sacudir esta apatía por lo presente y aprehensión por lo futuro. El pensar en *él* es mi único placer y soy bastante egoísta para no querer olvidar su memoria, o más bien no quiero ni por un momento dejar de hacer *castillos en el aire* siempre teniéndolo *a él* por héroe. Porque su recuerdo siempre está presente, es mi segunda vida. ¡El olvidarlo *a él* sería olvidarse de sí mismo!... Pero poesías, novelas, sí leo. Mi imaginación vaga al ocuparme de esto y en vez de no acordarme de *él* su presencia está más cerca, pues siempre trato de buscar algo de parecido *a él* en los héroes, los sentimientos nobles se me figura que son de *él*. ¡Tal es mi vida! La esperanza me mantiene y mi imaginación me pinta los lugares adonde creo que *él* estará... (334).

En anotaciones como ésta se revela el límite de la reivindicación «feminista» de Soledad: todo su afán de conocimiento, que antes parecía «desinteresado», se justifica supeditándose a la figura masculina. Soledad debe formarse, pero ello es para comprenderlo mejor *a él*. Aunque quizá esta percepción deba moderarse, teniendo en cuenta que el periodo que el diario comprende es muy limitado, corresponde además al del surgimiento de la pasión y, sea como fuere, la colaboración entre Samper y Acosta se extenderá más allá de su matrimonio.<sup>17</sup>

Conviene ahora recordar, para concluir, que el cambio de estado civil supone necesariamente un cambio de nombre, lo que no deja de estar relacionado con

<sup>17</sup> Comienzan a escribir juntos *El libro de los ensueños de amor: historia poética del bello ideal de la ventura* (que Carolina Alzate transcribe parcialmente como apéndice a la edición que maneja); en 1862 fundan juntos la *Revista Americana* en Lima; en 1869, Samper edita y prologa elogiosamente las *Novelas y cuadros de la vida sur-americana* de su esposa: «La idea de hacer una edición, en libro, de las novelas y los cuadros que mi esposa ha dado a la prensa, haciéndose conocer sucesivamente bajo los seudónimos de *Bertilda*, *Andina* y *Aldebarán*, nació de mí exclusivamente; y hasta he tenido que luchar con la sincera modestia de tan querido autor para obtener su consentimiento». Sin embargo, ese mismo prólogo deja testimonio de la visión limitadora del papel de la mujer en esa sociedad: «mi esposa ha deseado ardientemente hacerse lo más digna posible del nombre que lleva, no sólo como madre de familia sino también como hija de la noble patria colombiana; y ya que su sexo no le permitía prestar otro género de servicios a esa patria, buscó en la literatura, desde hace más de catorce años, un medio de cooperación y actividad». Según su esposo, Soledad casi se convierte en un filtro para acrecentar la gloria de su padre: «[...] he deseado que, si algún mérito pueden hallar mis conciudadanos, en los escritos de mi esposa, puedan éstos servir a mis hijas como un nuevo título a la consideración de los que no han olvidado ni olvidarán el nombre del general Acosta» (Acosta, 1869).

los conflictos que el sujeto atraviesa en la construcción de su identidad. La preocupación onomástica es clave en el diario de Soledad, en primer lugar porque ella es la que explícitamente interpreta que *nomen est omen*:<sup>18</sup>

*4 de junio [1854].* [...] ¡Puede haber una cosa más deliciosa que el encontrarse solo! Sentirse libre para sin testigo alguno dar rienda suelta a la imaginación. ¡Mi nombre es *soledad*! Y como no he encontrado hasta ahora ningún espíritu simpático (sino uno, ¡y cuán lejos se halla!) con quien hablar y comunicar mis ideas, ¡solamente en la soledad hallo consuelo porque sólo allí no estoy sola! ¿Se puede llamar eso soledad cuando mi mente se puebla de dulces recuerdos y mi corazón late apresurado al encontrarme transportada a otros tiempos? [...] (278-279).

Sólo en soledad puede ella desarrollar su identidad. Pero, significativamente, esa identidad terminará fraguando en un cambio (o, más bien, ampliación) de nombre: la autora añadirá siempre a su nombre y patronímico el apellido de su marido, fusionando los tres componentes básicos de su identidad: vale decir, el ámbito en el que explora esa identidad y los dos apoyos masculinos que la sustentan. Esta conciencia es explícita en las últimas páginas del diario: «*13 de abril [1855], las once menos cuarto.* [...] Pocos días se pasarán y tendré el derecho de llevar tu nombre para acabar mi vida con él. [...]» (535). La expresión, tomada literalmente, puede sonar, una vez más, patética, pero lo cierto es que con su matrimonio desaparece la escritora de diarios y nace otra persona; deja de hablar privadamente al enajenarse y convertirse en «*de Samper*».

Por eso, también es importante el lugar que concede en las páginas del diario al nombre del amado. Como dije, durante mucho tiempo el nombre se oculta (quizá por prudencia) y se sustituye por un signo «parecido a una Z»; luego serán unas iniciales, una serie de vocativos, para al fin convertirse en «mi Pepe». Pero incluso antes de inscribir su nombre en el diario, la autora confiesa que está inscrito en su alma y se recrea en evocar la imagen:

*28 [de mayo] por la noche [1854].* [...] ¡En lo profundo de mi alma está grabada su imagen, y *su* nombre con letras de oro y diamante cubre mi corazón! Algunas veces veo flotar por el aire letras, ¡y al juntarlas solamente *su* nombre pueden formar!... ¡Ah!, bien mío, ¿puede haber, haber habido alguien que te ame tanto como yo? Estás tan profundamente, indeleblemente grabado sobre mis pensamientos, que eres *tú* una parte de ellos y sin saberlo continuamente estás en mi memoria... ¡Sí, lo creo! Eres mi Anteoipo. [...] (268).

<sup>18</sup> Al efecto de la construcción de la identidad, puede resultar interesante saber que, como informa la editora, Acosta tenía una prima de su mismo nombre, a la que considera casi su única amiga: «*6 de noviembre [1853].* [...] Pobre Soledad, ella no más. Aunque no me entiende bien, aunque todavía no ha podido conocerme a fondo... me quiere, y cree y simpatiza con todo lo que yo le comunico. Tiene una idea vaga de poesía, y aunque ella misma no lo conoce simpatiza con mis ideas» (59-60). Recuérdese también el sueño «de las lápidas» del 7 de junio de 1854, transcrito anteriormente, en el que Soledad ve su apellido inscrito en todos los nichos de un cementerio (283).

El nombre se concibe como una especie de revelación cabalística: no solo la figura, sino también el espacio del discurso, se ordena, en la intimidad de la autora, en la invocación del solo nombre verdadero, aquel al que, a partir de entonces, ha de supeditarse su identidad.

De ese modo, el nombre de la autora hace sitio al nombre del amado, igual que el diario se convierte también en *sitio del amado* y lugar de verdadera construcción del sujeto. A partir de esos significados fundamentales, puede decirse que el diario terminará transformado en un ámbito dinámico en el que *la voz se intercambia por el nombre*, y en ello reside uno de los principales atractivos de este diario íntimo temprano en el ámbito hispánico. Aquella «vida aparte del alma» que había definido en alguna ocasión su diario se funde en la vida de otro, mediante un elaborado juego comunicativo que, sin embargo, se revela como *ejercicio de escritura* que —de un modo u otro— posibilitó la transformación de la intimista «Soledad Acosta» en la escritora pública «Soledad Acosta de Samper». Por eso, entre otras cosas, porque constituye un testimonio singular del nacimiento de una escritora a partir de su propia escritura, creo que este diario merece una atención privilegiada por parte de los estudiosos del género.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA DE SAMPER, Soledad (2004), *Diario íntimo y otros escritos* (edición y notas de Carolina ALZATE), Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, XLVII + 651 pp.
- (1869), *Novelas y cuadros de la vida sur-americana*, Gante, Imprenta de Eug. Vanderhaeghen (en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.alcudiavirtual.ua.es/servlet/SirveObras/bvj/35794907878246507754491/index.htm>).
- ALZATE, Carolina (2003), *Soledad Acosta. Una historia entre buques y montañas*, Bogotá, Conciencias, 2003 ([www.colciencias.gov.co](http://www.colciencias.gov.co)).
- (2005), «Configuración de un sujeto autobiográfico femenino en la Bogotá de los 1850», en *Coloquio Internacional dedicado a Soledad Acosta*, La Habana-Casa de las Américas, <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=2483>
- (2006), «El diario epistolar de dos amantes del siglo XIX. Soledad Acosta y José María Samper», *Revista de Estudios Sociales*, n.º 24 (agosto), pp. 33-37 (<http://res.uniandes.edu.co/view.php/295/1.php>).
- ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes (2001), *Mi amor, mi juez: alteridad autobiográfica femenina*, Barcelona, Anthropos.
- DIIDIER, Béatrice (1976), *Le journal intime*, París, PUF, 1991.
- GILLOT, Michel (1978), «Quelques pas vers le journal intime», en *Le journal intime et ses formes littéraires. Actes du colloque de septembre 1975* (ed. V. del Litto), Genève, Librairie Droz, pp. 1-17.

- HOGAN, Rebecca (1991), «Engendered Autobiographies: The Diary as a Feminine Form», *Prose Studies: Special Issue on Autobiography and Questions of Gender*, 14.2 (September), pp. 95-107.
- KIRKPATRICK, Susan (1991), *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra.
- LEJEUNE, Philippe (1993), *Le moi des demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille*, Paris, Seuil.
- RAMÍREZ, Liliana (2005), «Huellas de Soledad», *Coloquio Internacional dedicado a Soledad Acosta*, La Habana - Casa de las Américas, <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=2492> (también en *Hipertexto*, 5 (Invierno 2007), pp. 67-73, <http://www.panam.edu/dept/modlang/Hiper5indice.htm>).
- SHELLEY, Percy Bysshe (1880), «On Love», en *The Works of Percy Bysshe Shelley in Verse and Prose* (ed. H. BUXTON FORMAN, 1880) (citado por *The Percy Bysshe Shelley Resource*, <http://www.wam.umd.edu/~djb/shelley/1880onlove.html>).
- VALLEJO, Catharina (2005), «Los silencios del *Diario*: autobiografía, ficción y escritura», en *Coloquio Internacional dedicado a Soledad Acosta*, La Habana - Casa de las Américas, <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=2509>.